

## POLITICA CRISTIANA Y COMUNISMO SIN CRIPTAS. OCCIDENTE, DEMOCRACIA Y LIBERTAD

Política humana es poder, o camino hacia su conquista, en afán egoístico de mando. Política cristiana es amor, o camino hacia su disfrute, en dádiva expansiva de caridad. La política de los hombres es cerrada. Se interesa por los poderíos y dominaciones terrenales. Le cuesta el altruismo del diálogo. La política cristiana es abierta. Se desvive por la fraternidad comprensiva y por el amor universal, de todas las personas, de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las lenguas, de todos los grupos, a pesar de sus múltiples y dispares ideologías. El diálogo, espontáneamente, es aquí su atmósfera.

En la entraña de las ideologías hay contenidos diversos: de verdad y de bien, o de error y de mal. Los hombres que las profesan son verídicos o falaces, buenos o malos. Cada hombre es un ser de carne y hueso, que puede tropezar y caer. Cuando cae, hay que levantarlo con cariño, sea cual fuere el color de sus ideologías. Siempre que el mal y el error prevalecen sobre el bien y la verdad, las ideologías alienan. La actitud que las conforma hace entonces del ser pensante un objeto cosificado. El hombre resulta así un número antes que un valor.

Desde hace algunos años se observa un estrechamiento coexistencial de horizontes entre marxismo y cristianismo. Es una aproximación de convivencia humana y pugna dialéctica a la vez. Importa, sin embargo, no pecar de ingenuos. Se corre el peligro de que los dos cuerpos ideológicos en lucha agonística templada se den inesperadamente la vuelta, y en lugar de ser el marxismo quien se transustancialice, haciéndose cristiano, sea el cristianismo quien cambie de esencia, haciéndose marxista. No se olvide nunca que «los hijos de este mundo son más sagaces que los hijos de la luz», según la palabra de Cristo (1). Mundo es noche, tenebrosidad de figuras mortales. Luz es día, claridad de figuras eternas (2). Dos órdenes inconvertibles y dos campos categóricos contrapuestos.

---

(1) Lc 16,8, en conexión con 1Tes 5,5.

(2) Cfr. 1Tes. 5,5.

El marxismo, con su estrategia revolucionaria y su orientación terrenista hacia el más acá de la materia absoluta, pertenece al primer rango. El cristianismo, con sus bienaventuranzas pacifistas y su orientación celeste hacia el más allá del espíritu deificante, pertenece al segundo. No existen opciones sobre este particular. La diferenciación es problema de raíces esenciales y causas profundas. Entre el materialismo ateo y el espiritualismo teísta hay poco margen dialéctico para la conciliación. Los dogmas de fe no se pactan. Se negocian intereses, actividades y efectos. Una gran prudencia debe regir los acercamientos y protocolos, no dogmáticos, sino convivenciales, entre marxismo y cristianismo. No excederse en confianzas optimistas, ser cautos al dialogar y tener memoria móvil es regla de sabia cordura.

Tolerar no es transigir. Se tolera a los hombres que delinquen. No puede haber transigencia con los delitos. Desde San Agustín las primeras cabezas del mundo cristiano están alineadas en este horizonte. Juan XXIII y Pablo VI son los últimos que se han expresado así. La tolerancia mira al prójimo, al sujeto, al actor. La transigencia apunta a las ideologías, al objeto, al acto.

El hombre occidental es a la vez ideólogo y actor, pensamiento y aventura. Teoría y práctica se sintetizan en él. Las fronteras de su mente y de su voluntad son el universo sin límites.

El espíritu es el protagonista de la historia. Su imagen exterior tiene muchas caras, dentro de su ser unitario. Occidente nace como verdad en Grecia, como justicia en Roma, como amor en el Evangelio. Tras el triunfo de la Buena Nueva, dentro del curso mismo de las civilizaciones, Occidente y cristianismo son una realidad indistinta.

Con la coronación imperial de Carlomagno en Roma, en la noche de Navidad del año 800, surge como unidad político-religiosa el Sacro Romano Imperio de Occidente. Siglo y medio adelante, con la coronación imperial, en Roma también, de Otón I de Alemania, el 2 de febrero del año 962, el Imperio carlovingio se transforma en Santo Imperio Romano Germánico, con su misma cohesión infraccionada de universo político-religioso. El universo compacto de Occidente se quiebra con el nacimiento de las nacionalidades, a fines del siglo XV, y con la escisión luterana, a principios del XVI.

El Estado moderno y el protestantismo, conformados ahora múltiples y dispares, consagran la escisión como pluriverso, con la libertad político-religiosa por base común de la *Christianitas* descompuesta, manifestada en las fórmulas *jus foederis* y *cujus regio, ejus religio*. Se institucionaliza este nuevo orden al firmarse los diversos tratados de la Paz de Westfalia, en Münster y Osnabrück, el año 1648, que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años.

Al convertirse el universo en pluriverso nace Europa, como conjunto diferenciado añadido a las viejas formas unitarias de Occidente y cristianismo (3).

Desde 1648 a 1789 el pluriverso occidental es mercantilista en lo económico, absolutista en lo político y pontifical en lo eclesiástico. Después de la revolución contra *l'ancien régime*, la economía mercantilista es suplantada por el capitalismo de Empresa; la política absolutista por el liberalismo de clase y la eclesiología pontifical por el dogmatismo de pensamiento. Desde la Revolución francesa el hombre es más independiente, pero con predominio de las ideologías sobre las instituciones o de la estética sobre la pragmática.

En 1848, con la publicación del *Manifiesto comunista*, Marx y Engels dan el grito de guerra contra las superestructuras opresoras. Derecho, política y religión —en su sentir— son máscaras que encubren el imperio de la economía sobre las hazañas, realizaciones y aventuras históricas de la humanidad. Una reacción antiopresiva de «realismo dialéctico», con rotura de cadenas alienantes, es la «dialéctica real» que se impone desde ahora en Occidente, con resultados, programas y consignas del más complejo cariz. La misma *Realpolitik* de Bismark no está muy lejos de este viraje (4).

El cambio de la cosmovisión ideológica en institucional dura un siglo: de 1848 a 1948. El *Manifiesto comunista* actúa en Occidente de catalizador científico y de excitante estratégico, a lo largo de esta centuria. Estado, Iglesia y todos los órdenes de poder van asumiendo actitudes humanitarias, como medida de autodefensa y justicia social. El abstencionismo permisivista da paso al intervencionismo desopresor. Menos desigualdad en el reparto de bienes y disfrutes es la pauta. Durante todo este transcurso de tiempo se produce la diversificación entre socialismo y comunismo, con la «dictadura del proletariado» por manzana de discordia, cuyo fantasma amedrentante origina, a efectos de tutela pública, el tránsito del capitalismo, del liberalismo y de la eclesiología abstencionista al Estado, la Iglesia y las corrientes organizadas de intervención contra los abusos y opresiones inocultables de las clases poderosas frente a las débiles (5).

---

(3) Cfr. G. DEL ESTAL: «La dialéctica de los "dos reinos" en la filosofía agustiniana del Derecho y del Estado. Parte sistemática», en *La Ciudad de Dios*, 172, San Lorenzo del Escorial, 1959, págs. 22-37, 64-69. También A. J. TOYNBEE: *Estudio de la historia*, V-2, trad. V. Fatone, Emecé, Buenos Aires, 1957, «¿Cujus regio, ejus religio?», págs. 669-674, 704-712.

(4) Cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», en *La Ciudad de Dios*, 187, San Lorenzo del Escorial, 1974, págs. 381-384, 405-409, 410-413. El paso de la «fase estética» a la «fase institucional», con vista a la «idea de la unidad de Europa», ha sido señalado por el autor anónimo del «Prólogo» a *Instituciones y textos europeos*, Taurus, Madrid, 1960, págs. 11-18.

(5) Cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., págs. 403-405, 429-433.

En 1891 la encíclica *Rerum novarum* se alza como hito histórico de altruismo regenerante, que marca el progreso noble y el avance valiente de la sociología, la ética y la política cristiana ante las delaciones del marxismo. Otros movimientos se suman y van dando cuerpo sucesivamente a esa sensibilidad de mejora, a ese espíritu de perfeccionamiento y a ese querer de corrección. La «Democracia Cristiana» tiene su cuna aquí, como voluntad salvadora contra los vaticinios de un derrumbamiento difícilmente detenible.

A partir de 1948, después de la segunda guerra mundial, Occidente cobra conciencia de que si quiere subsistir debe unificarse, con retorno del pluriverso al universo y con paso de las ideologías a las instituciones, o del utopismo estético al realismo pragmático. Los límites de Occidente van acercándose cada vez más a los límites de Europa. El Occidente atlántico, hijo de la misma civilización clásica, es ya otro, sometido al irresistible imperio yanqui. Sólo el Occidente europeo es el que cuenta aquí, con su faz resueltamente renacida.

Nueva conformación en las estructuras y atuendos políticos, económicos y religiosos, sin oposiciones ni identidades absolutas, marcan el rostro concertado y múltiple del recompuesto Occidente. En este renacer se respetan sin demoliciones el genio y la figura de las idiosincrasias diversas, dando lugar a un todo a la vez explorado e inédito, en el que lo dispar y lo concorde se aunan y entienden dentro de una variada y sola entidad.

Occidente no ha muerto. Resurge sobre sus cenizas. Desde Norkin a Trafalgar, desde Cork al Danubio vienés, se observan voluntades convictas de reagrupamiento salvador. La verdad griega, la justicia romana y el amor cristiano son el fermento estable, con virtudes fortalecidas, capaces de impedir la disgregación europea. Unidad y diversidad son su ánimo nuevo. Economía, espíritu e historia se dan la mano, de cara a un futuro anheloso de vivir. Si la inteligencia de los pueblos no se consolida, el aliento revitalizador que se difunde por doquier entrará sin remedio en la agonía final.

El mapa europeo es un mosaico de civilizaciones, patrias, lenguas, costumbres, razas y soberanías. Pero a pesar de las diferencias, los distintos Estados son conscientes de su homologación cultural. Esta conciencia viene impulsándoles desde hace un cuarto de siglo a una integración más compacta. El peligro de aniquilamiento interior, acelerado por la asfixia que presiona sobre Europa desde Norteamérica y la U. R. S. S., es un estimulante hacia la unidad. Atenazada por estas dos superpotencias, sólo unificándose puede Europa ser verdaderamente libre y fuerte, e imponer en el mundo otra vez su voz, su peso y su categoría.

Parece que Europa está resuelta a encontrar el camino de su revitalización. Andá buscando una faz salvadora. Tres hitos institucionales marcan documen-

talmente su perfil. En el horizonte histórico se perfilan como puente hacia un cambio de rumbo.

La «Unión Europea Occidental», creada en Bruselas el 17 de marzo de 1948, es el punto de partida. Nace orientada hacia la integración de Europa en el plano político. El patrón de su progresiva puesta en práctica será el «Estatuto del Consejo de Europa», firmado seguidamente en La Haya durante el Congreso celebrado allí, del 7 al 10 de mayo de 1948 (6).

Pero la razón pragmática, que preside siempre las grandes tentativas históricas, no emprende nunca ningún género de construcciones iniciales sin previsión de frutos claros y apetecibles. Realismo se llama esta actitud. Para que la unidad política de Europa sea un hecho maduro, se impone como preliminar el paso a la fusión concreta dentro de un conjunto económico globalizado.

A estos fines responde directa e intencionadamente el «Tratado» en que se instituye la «Comunidad Económica Europea», firmado en Roma el 25 de marzo de 1957 por la República Federal de Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos. Su denominación vulgar más conocida es «Mercado Común». Durante la década de 1970 ha ido aumentando el número de miembros integrados, con título de pleno derecho, transformándose la Europa de los Seis en la Europa de los Nueve, al ingresar Dinamarca, Irlanda y el Reino Unido dentro de la Comunidad madre. Más recientemente, el 9 de febrero de 1976, el Consejo de Ministros de la C. E. E. accedió a la solicitud de ingreso cursada por el Gobierno democrático de Grecia, ya sin coroneles decisionistas. De este modo, tras uno o dos años de negociaciones, la Europa de los Nueve se convertirá en la Europa de los Diez. Portugal se intuye a la espera, haciendo el número Once. ¿Se anticipará España? ¿O nos conformaremos con el número Doce? Ventajas económicas ciertas para el grupo y libertades públicas reconocidas por los sistemas políticos de los candidatos son las dos condiciones elementales que se exigen a los futuros socios (7).

Política y economía, aisladas y solas, no son Occidente. Para que su espíritu no se evapore necesita un abrazo perenne de alianza con la religión. El «Concilio Ecuménico Vaticano II» es el tercer elemento clave en la configuración del nuevo rostro occidental. Juan XXIII colocó la primera piedra el 11 de octubre de 1962. Pablo VI puso la última el 8 de diciembre de 1965. Hacer de la Iglesia una institución más auténtica, más pura, más próxima a Dios y

(6). Textos respectivos en *Instituciones y textos europeos*, op. cit., págs. 33-49, 111-123.

(7) Texto del «Tratado» en J. A. CORRIENTES CÓRDOBA: *Textos de Derecho internacional público*, I, Eunsá, Pamplona, 1973, págs. 462-549, incluidos el «Acuerdo» y el «Protocolo» firmados por España.

al hombre, más sacramental, ajena a sectarismos confesionales, más ecuménica y menos cerrada, más pueblo fiel, desvestida de formalismos muertos y pletórica de sustancia viva: ese es su fin. Dos Constituciones dogmáticas, una Constitución litúrgica, una Constitución pastoral, nueve Decretos, tres Declaraciones, un Mensaje de salutación dirigido por los padres conciliares a todo el Orbe, un Mensaje del Concilio a la Humanidad y un Breve pontificio de clausura, responden a tan ennobecedor propósito. Su síntesis evangélica cobra expresión en estas actualísimas palabras, que hace dos mil años elevó a sentencia Cristo: «La verdad os hará libres» (8).

Libertad y democracia, emancipación de las conciencias y mercados abiertos, condena del error y mano tendida hacia el que yerra, comprensión convivencial de frentes ideológicos y órdenes institucionales distintos o contrarios: tal es la nueva imagen de Occidente, de la Europa de hoy, disparada con ímpetu hacia el futuro, una en el ser y múltiple en las formas. Las esencias más puras de Europa y Occidente son cristianas. Esto explica su actitud hacia el marxismo. Es una orientación que les brota de la raíz. Cuando en Occidente y en Europa se logre un nivel real de altura y plenitud es entonces cuándo la verdad sin apaños, política, económica y eclesial, divina y humana, nos habrá hecho gloriosamente libres. Libertad es desalienación. El humanismo cristiano, la conciencia de fraternidad democrática y el espíritu libre, occidental, luminoso, sin cavernas y sin ataduras, de la fe tienen desde antiguo este cordial acento. Es una cadencia armónica. Hermandad comprensiva de todos los hombres y cristianismo ecuménico poseen un mismo ser y una misma intensidad inagotables de concordia civilizada.

Occidente, hoy, es un universo pluralista, o un pluriverso universal. Universo pluralista y pluriverso universal son opción libre. Opción libre es democracia. Democracia es legalidad abierta. Legalidad abierta es participación constitucionalmente consagrada. Participación constitucionalmente consagrada son partidos sin exclusiones. Partidos sin exclusiones son coloquio a la luz del Derecho. Coloquio a la luz del Derecho es comunismo sin criptas.

La táctica histórica del marxismo, dentro de este marco pluralista de sociedad, vida y pensamiento, ya desde la I Internacional del Trabajo —más propiamente I Internacional Socialista—, celebrada en Londres el año 1864, con el propio Marx por promotor, y más aún a partir de la III Internacional Comunista, desarrollada en Moscú el año 1919, con Lenin en persona por

---

(8) Materia documental en *Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. Legislación postconciliar*, B. A. C., Madrid, 1968. Cfr. también G. DEL ESTAL: *Viento de Pentecostés en el Monte Vaticano. La paz del concilio, paz ecuménica de salvación*, Ed. Martínez de Murguía, Madrid-Buenos Aires, 1962 (fase preparatoria). Sobre la sentencia evangélica «La verdad os hará libres», cfr. Jn 8,32.

patriarca de la revolución triunfante, es al mismo tiempo candorosa y astuta. Consiste en pactar con las democracias burguesas, allí donde el marxismo no esté asentado todavía como partido único, comprometiéndose a seguir las reglas del acuerdo formal, mientras se halle en minoría frente al Poder, conviviendo entonces en legalidad pacífica con otros partidos más numerosos, instalados en el Gobierno.

La estrategia comunista, para el mejor logro de sus fines, es oportunismo coexistente, sin barreras dogmáticas ni simplicidades éticas. Pero no termina aquí su táctica de abrazos convivenciales. La paz de la coexistencia es sólo el camino de entrada. Una vez que el marxismo se transforma cuantitativamente en bloque mayoritario, cree que le es fácil prescindir sin más y por sistema, con cinismo impasible, de las avenencias y coordinaciones formalizadas con las restantes minorías, para constituirse él sólo, como fuerza y como derecho, en partido único. Es su voluntad programática más común. Dictadura del proletariado y revolución anticapitalista desde el Poder, sin escrúpulos de violencia fáctica, serían al fin la moraleja fácil. Mao es el último en proclamar tan sutil arte con impudor lógico, desde 1939. Pero los contrarios no son ni tan infantiles ni tan frágiles. Mao Tsé-tung transcribe su proclamación en «Historia de la revolución china», obra redactada en Yenán, con otros colaboradores, en diciembre de 1939. En este manifiesto marca el programa revolucionario que culmina en el control comunista de la China continental, en enero de 1949, y establece el oportunismo transitorio de avenencia democrático-burguesa, con las siguientes palabras:

«La grande y gloriosa tarea revolucionaria total del partido comunista de China consiste en terminar la revolución democrático-burguesa (la revolución de la nueva democracia), y, cuando se den todas las condiciones requeridas, transformarla en una revolución socialista... Todo comunista tiene que saber que el movimiento revolucionario chino en su conjunto, dirigido por el partido comunista de China, es un movimiento revolucionario completo, que abarca las dos etapas revolucionarias, la democrática y la socialista, las cuales son dos procesos revolucionarios de carácter diferente; y que a la segunda etapa sólo puede llegarse después de haber consumado la primera. La revolución democrática es la preparación necesaria para la revolución socialista, y la revolución socialista es el resultado inevitable de la revolución democrática. El objetivo final de todos los comunistas es luchar por la edificación definitiva de la sociedad socialista y luego la comunista» (9).

---

(9) MAO TSÉ-TUNG: *Historia de la revolución china*, Castellote Ed., Madrid, 1974.

Al respecto, hemos de decir que el infantilismo y la fragilidad de los contrarios serían la condición necesaria para que Mao acertase en sus pronósticos. El temor a la fortaleza social de las democracias pluralistas, sólidamente conformadas, ha impedido hasta ahora al marxismo —fuera de los países donde el comunismo totalitario y unipartidista se ha institucionalizado ya con vocación de sociedad unánime— poner en práctica real ese juego táctico de triunfo tan seguro. La convivencia obligada con los demás partidos democráticos viene siendo para el marxismo la única opción posible.

Es circunstancia poco probable que el partido comunista, triunfante mayoritariamente en unas elecciones generales, dentro de la sociedad democrática plural, con referencia a países económicamente desarrollados, pueda prescindir de los demás partidos perdedores, convirtiéndose en partido único totalitario, con infidelidad a las reglas pactadas del juego legal pluralista. Las perspectivas de enfrentamiento con enemigos fuertes, numerosos y poderosamente equipados, son hechos tangibles que le inclinarían más bien, con cuerdo raciocinio disuasorio, a las planificaciones de reforma jurídica, económica y social, antes que a las rupturas de la revolución violenta. Esto es lo más objetivamente profetizable (10).

El marxismo ideológico pacta con la mentira. Es un principio de su dialéctica. Pero el pragmatismo coexistencial le compromete por fuera de persuasión y coacción fácticas a fundirse insoslayablemente con las otras fuerzas políticas en un concierto mínimo de fidelidades. El Evangelio, por el contrario, no pacta más que con la verdad. «Sí, sí, no, no», es su ética de insobornable contextura (11). La política cristiana no se expresa con otra fórmula.

La democracia evangélica es la única en cuyo terreno las mayorías triunfantes, por lealtad sin oportunismos de coyuntura o interés al compromiso pluralista, anterior a la victoria, conceden participación en la Empresa del poder político decisorio a las minorías derrotadas. Cuando la democracia actúa así es cuando el pueblo es soberano. El mundo democrático occidental sigue esta norma. El mundo totalitario marxista no. Cristianismo, democracia y Occidente son un molde en el que no caben ni el marxismo ni la dialéctica marxista. La norma política de Occidente es ésta. Cristianismo y civilización

---

páginas 67-69. Véase también, al respecto, J. STALIN: *Fundamentos del leninismo*, traducción. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953, Akal Editor, Madrid, 1975, «Estrategia y táctica», págs. 101-123. Asimismo, G. A. WETTER y W. LEONHARD: *La ideología soviética*, trad. L. Santiago de Pablo, Herder, Barcelona, 1973, págs. 345-508.

(10) Cfr. G. DEL ESTAL: «Sobre el partido comunista alemán», en *Ya*, Madrid, 2 de enero de 1976, pág. 17. Véase asimismo, sobre el particular, M. DUVERGER: *Sociología política*, trad. J. Esteban, Ariel, Barcelona, 1972, págs. 343-348.

(11) Mt 5,37; Sant 5,12; 2 Cor 1,17-19.



occidental —ya lo hemos dicho— son una misma cosa. Por lo demás, es una perspectiva de futuro muy poco verosímil que el partido comunista triunfe mayoritariamente ante las urnas libres, dentro de la sociedad democrática plural, con vista a pueblos o países en goce elevado de riqueza material y caudales éticos de hondura histórica y valores genuinos. La dialéctica del acomodo, de la abundancia y del corazón sano convence antes que los más profundos silogismos. El nivel de cultura y bienestar, dotado de cotas altas, así económicas como espirituales, en holgura de disfrute, es el arma más eficaz y persuasiva para evitar la instauración del imperio marxista en el futuro.

Pulso táctico y compromiso ético no se excluyen. Su unión real es preceptiva de gobernación sabia. La violencia engendra siempre violencia. Es mucho mejor y más positiva la concordia, aunque su logro sea difícil entre opuestos. Un frente legal de oposición es menos peligroso que un frente clandestino. Por eso, las democracias de Occidente han legalizado con unanimidad a los partidos comunistas nacionales, con todos los riesgos de su infiability jurídica de cara al futuro. Conocer al enemigo y convivir con él en el marco público del derecho, aunque no se clarifiquen sus intenciones secretas, es ya media partida ganada. Andar precavido es el programa obligado. La luz da más seguridad que las criptas, en todos los campos de conflicto. Desde Alejandro Magno a Napoleón los grandes estrategas han ordenado sus Ejércitos para batallar así. La paz social exige este concierto. Es lo prudente.

El Evangelio, sin embargo, es incompaginable con las conductas y órdenes ambiguos. Con la verdad no caben juegos sucios. Éticamente no es admisible la componenda ni con el mal ni con la mentira. Pero tácticamente es aconsejable convivir con los malos y falaces, para convertirlos al bien o para no transformar en un infierno la existencia y el encuentro mutuos. Este es el sentido.

Táctica y ética, para la profesión de fe cristiana, no tienen otro acento de exactitud, frente al oportunismo contempozador y desconfiable de la dialéctica marxista. Ortodoxia de principios francos y ortopraxis de conveniencias amañadas son las fórmulas respectivas de profunda contraposición (12).

La coherencia lógica y ética de un verdadero cristiano, sin contradicción real entre la fe religiosa y la praxis política, proclamada ya por Pablo VI en junio y agosto de 1974, con glosa de Federico Alessandrini (13), ha vuelto a

(12) Cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., págs. 446-449, más nota 170. Sobre la contraposición entre ortopraxis y ortodoxia, véase especialmente L. M. RODRÍGUEZ: «El último modelo de la teología de la praxis», en *Religión y Cultura*, 78, Madrid, 1974, págs. 21-38.

(13) Cfr. particularmente, sobre la doctrina de Pablo VI, G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., págs. 435 y 441, así como notas 144 y 158.

«cobrar importancia y relieve más al vivo por una «Declaración» del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana, hecha pública en Roma el 13 de diciembre de 1975, con vista especial a las relaciones entre los católicos y los comunistas del país. He aquí su formulación, textualmente transcrita...

«Uno de los principales motivos de tensión actual en la catolicidad procede de una interpretación no recta de la relación entre fe y praxis política.

En medio de las contradicciones entre tantas ideologías y movimientos históricos que se derivan de las mismas, sólo una verdadera originalidad cristiana, que esté autenticada en la Iglesia a la luz del magisterio de los pastores, puede garantizar la aportación responsable de los católicos para el sostenimiento de la justicia y los derechos inalienables de la libertad religiosa y civil.

El cristiano —dice la *Octogesima adveniens*, núm. 26— "que quiere vivir su fe en una acción política entendida como servicio, no puede, sin contradecirse, dar la propia adhesión a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente o sobre puntos sustanciales a su fe y a su concepción del hombre".

Entre tales sistemas deben incluirse, ciertamente, los que se inspiran en ideologías totalitarias, radicales o laicistas, y los que propugnan una visión materialista y atea de la vida. Es, pues, incompatible con la profesión de fe cristiana la adhesión o el apoyo a los movimientos que, aun cuando sea de forma diversa, se fundan sobre el marxismo, el cual en nuestro país continúa teniendo su más plena expresión en el comunismo, ya operante entre nosotros a nivel cultural y administrativo.

Aun cuando tales movimientos y doctrinas defienden ideales humanos estimables y afirman que quieren abordar problemas de urgente necesidad, sin embargo, por el hecho de desatender los valores primarios que afectan a la visión integral del hombre, de su historia y de su relación con Dios, carecen de verdadera credibilidad y conducen inevitablemente a otras formas de esclavitud, que a nosotros nos parece ya parcialmente en marcha en nuestro país.

No se puede ser simultáneamente cristianos y marxistas. Ha llegado, en cambio, la hora de la coherencia, de la fidelidad y del responsable discernimiento cristiano, que, sobre todo en los momentos más comprometidos, debe medirse en la fe de la Iglesia» (14).

(14) Texto en *Ecclesia*, Madrid, 27 de diciembre de 1975, págs. 25 y sig. Con refe-

La confrontación relacionada y dialogante entre marxismo y cristianismo cobra en Italia especial relieve. Pero lo que allí ocurre, descircunstanciado con solicitud, puede aplicarse a todo el mundo. El padre Bartolomeo Sorge, en carta dirigida al director de *L'osservatore romano*, el 17 de abril de 1976, considera que «el encuentro o compromiso entre católicos y comunistas no es ni siquiera proponible, no sólo por razones ideales, que miran al diverso modo de entender la libertad, el Estado, las relaciones sociales y la democracia, sino también desde un punto de vista estrictamente político». La confrontación —*I nuovi confronti*— de que habla aquí el director de la *Civiltà cattolica*, no es de convivencias coloquiales, sino de alianza esencial. De ahí su veto rotundo (15).

Diálogo y profesión de fe, en Italia y en todos los ámbitos de correlación social y ética, son cosas distintas. El primero es virtud plausible: se mueve en el plano relativo del hombre. La segunda es aberración condenable: se mueve en la línea absoluta de la verdad.

Con amplitud más documentada y con exposición de argumentos, razones y principios sistemáticamente más clarificados, se expresa sobre el particular monseñor Giovanni Benelli. Su pensamiento fue desarrollado dentro de una conferencia sobre «La Iglesia y el diálogo con el mundo», pronunciada en Viena el 2 de mayo de 1976. Para dilucidar ideas, distingue el portavoz pontificio entre diálogo y adhesión. Según su doctrina, dispuesta con solidez lógica, «el verdadero diálogo es algo a lo que la Iglesia está siempre abierta con los hombres, ateos o creyentes; la adhesión, en cambio, a teorías marxistas no puede ni podrá jamás ser compatible con el cristianismo». En su desenvolvimiento temático sigue a Pablo VI. «El Papa del diálogo», le define. Convivir en Cristo es entenderse, con amor en acto. Inteligencia amorosa es mano tendida. No de otro modo se comprende la caridad. Lo más anticristiano y menos consonante con la naturaleza humana es el egoísmo. Con estos cánones por módulo categoriza Benelli: «La evangelización es diálogo, que no debe traducirse en atenuación de la verdad. La verdad es intransigente, no los que la profesan.» Para que estas cotas puedan alcanzarse se precisa madurez de juicio. Por ello advierte con objetividad de honorable sentir: «El diálogo supone una actitud de respeto y aspiración común a la verdad única, condiciones que hacen difícil y a veces hasta imposible

---

rencia a los criterios y dictámenes más autorizados de la Santa Sede sobre el marxismo, sustentados de modo especial en las encíclicas sociales de los Papas, cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., págs. 439-446.

(15) B. SORGE: «Carta al Director», de protesta contra una entrevista precedente, publicada bajo el título «I nuovi confronti», *L'osservatore romano*, Roma, 17 de abril de 1976, pág. 2.

un verdadero diálogo entre la Iglesia y el comunismo ateo». Los peligros para el diálogo y las imposibilidades para la adhesión nacen, en definitiva, de que «el marxismo es esencialmente negación de Dios y de la trascendencia». Con la verdad y la libertad por guías, establece al fin esta síntesis, de fácil comprobación: «El marxismo-comunismo es hoy el interlocutor más poderoso que la Iglesia encuentra en su camino. El diálogo debe continuar. Pero sinceramente hay que reconocer que es difícil con personas que prestan adhesión a ideologías basadas en una concepción puramente materialista de la vida. A veces es imposible» (16).

Pese a estas dificultades, el desánimo no debe penetrar en los corazones. Nada hay tan triste como perder la fe en el futuro. Cristianismo, providencia y optimismo histórico son una misma norma existencial.

Todos estos datos, referentes a las relaciones entre cristianismo y comunismo, que tienen a Italia por protagonista, han alcanzado más recientemente un singular acento, con motivo de las elecciones parlamentarias del país, celebradas el 20 de junio de 1976. ¿Hasta qué límites es razonable la colaboración entre cristianos y marxistas, dentro del campo político? Conviene precisar conceptos. Tolerar no es transigir.

Tolerancia dice relación al hombre que se equivoca. Transigencia se refiere al error en el campo de la verdad. La postura a seguir es clara y simple. Tolerancia frente a las personas, siempre: todos somos hermanos. Transigencia frente al error, nunca: las verdades son o no son.

San Agustín define como nadie la actitud del cristiano a este respecto. Su voz es magisterial. «Ama al hombre y odia el pecado», exclama (17). Juan XXIII recoge este imperativo en la encíclica *Pacem in terris*. Tras distinguir entre «el error y el que lo sufre», establece la necesidad de proceder a un contraste primario de diferenciación entre pensamiento y convivencia. Dicho contraste significa no confundir estos dos órdenes, pocas veces unidos al mismo yugo del ser y el existir: 1.º, las «doctrinas fijadas establemente, con formulación sin mutaciones»; 2.º, las «corrientes históricas, sometidas a las condiciones concretas y cambiantes de la vida, ampliamente in-

---

(16) Referencia según «Crónica» de Eugenio Montes, corresponsal de ABC en Roma, ABC, Madrid, 6 de mayo de 1976, pág. 23; transcripción según «Crónica» más extensa de Miguel Angel Velasco, corresponsal de Ya en Roma, Ya, Madrid, 8 de mayo de 1976, pág. 21.

(17) AUGUSTINUS: *Contra Gaudentium*, I, 28; 32, PL 43, 725; *Epist.* 88, 6, 8, PL 33, 306, 307; *Epist.* III, 1, PL 33, 422; POSIDIUS: *Sancti Augustini vita*, 10, 1-4, PL 32, 418; OPTATUS DE MILEVI: *De schismate donatistarum*, III, 4. Cfr. G. DEL ESTAL: «San Agustín: Jerarquía y totalidad», en *Augustinus*, I, 1, Madrid, 1956, pág. 14.

fluenciadas por tal proceso evolutivo» (18). Verdad y ropaje histórico son las dos líneas diferenciales para una mente cristiana. La mente de la Iglesia no ha sido nunca otra.

Pablo VI recoge dichas bases en la encíclica *Ecclesiam suam*, con aplicación al «diálogo difícil» entre la «pastoral evangélica» y el «sistema ideológico del comunismo ateo». Se sirve, a ese fin, de la distinción agustiniana, puesta al día por Juan XXIII, entre «doctrinas de conceptos definidos», fundamentadas en la verdad, y «corrientes históricas cambiantes», fundamentadas en el hombre (19).

La tolerancia afecta al hombre equivocado. La intransigencia, al error en la verdad. No hay que confundir términos. Tolerar no es transigir.

Se transige cuando la verdad pacta con el error, o el bien con el mal, eclécticamente, en el orden metafísico de la coexistencia interior. Es ésta la *fides* dogmática. Se tolera cuando el amigo dialoga con el enemigo, o el seguro de sí con el descarriado, convivencialmente, en el orden sociológico de la coexistencia exterior. Es éste el *foedus* negociable. La transigencia decrece, por debilidad de espíritu. La tolerancia humaniza, por fortaleza de concordia. Transigencia es capitulación entre cobardes. Tolerancia es mano tendida entre valientes. Transigir es matar los principios. Tolerar es dar vida al amor. Angulo del pensamiento y ángulo de la sociedad, conciencia y prójimo, son sus puntos de arranque. Tolerancia y transigencia poseen sonoridad y entraña distintas.

De cara a las relaciones coloquiales entre cristianismo y marxismo, los cristianos pueden y deben dialogar con los marxistas, para conducirlos de su error hacia la verdad o para convivir pacífica y amorosamente con ellos, a fin de que no se transmute en un frente de lucha infernal la existencia. Pero, paralelamente, los cristianos no pueden profesar ni el materialismo dialéctico, ni la revolución violenta, ni el terrenismo antiteísta del marxismo. Admitir estas posibilidades en su credo significaría ser traidores a la verdad y a la fe. Entre cristianos y marxistas hay un puente dogmático infranqueable. Sus fórmulas y directrices, en la hondura esencial, son antitéticas.

Con referencia a las conexiones planteables entre cristianismo y comunismo, puestas al rojo con motivo de las recientes elecciones italianas, que se realizaron el 20 de junio de 1976, la actitud explícita de Pablo VI no ha

---

(18) JUAN XXIII: *Encíclica Pacem in terris*, 158ss, AAS, 55, 1963, págs. 300 y siguientes. Cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., pág. 440, más nota 156.

(19) PABLO VI: *Encíclica Ecclesiam suam*, 94-98, AAS, 56, 1964, págs. 649 y siguientes. Cfr. G. DEL ESTAL: «Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?», op. cit., pág. 440, más nota 157.

dejado lugar a dudas. Ya con un mes de anterioridad declaró, el 21 de mayo precedente, que no se puede «prestar la propia adhesión, en especial con carácter público, a una expresión política que sea, por motivos ideológicos y por experiencia histórica, radicalmente contraria a nuestra concepción religiosa de la vida» (20). El marxismo es esta expresión. Política adquiere aquí profundidad de fe. La declaración papal fue hecha, con rango de discurso, pronunciado en el aula del Sínodo, ante la XIII Asamblea general de la Conferencia episcopal italiana. La conferencia hizo suyas, en un comunicado final, ofrecido a la prensa el 25 de junio de 1976, las palabras de su presidente, el cardenal Poma, reafirmando sin términos ambiguos y con resolución unánime «la inconciliabilidad teórica y práctica entre cristianismo y comunismo ateo» (21).

En síntesis: Ningún cristiano puede comulgar con los principios esenciales del marxismo. Esto es transigir. Pero el diálogo convivencial con los marxistas viene impuesto a los cristianos por la común naturaleza humana. Esto es tolerar. Cuando no se distingue, las ideas se transforman en caos.

La «invitación a la coherencia» entre fe doctrinal y praxis activa, en todas sus manifestaciones, es una constante rectora del Magisterio católico. Pablo VI viene haciendo de ella un llamamiento alertante, dirigido a algunos «cristianos marxistas», que dan muestras de incoherencia lógica entre «praxis social del partido» y «profesión religiosa de fe». El primer toque de alerta papal se hizo público el 18 de agosto de 1974, por conducto de Federico Alessandrini (22). El último ha sido el discurso de salutación, pronunciado sin apaciguamientos transigentes ante los obispos de Italia, en el reseñado momento expectante y desazonador del 21 de mayo de 1976. «El patrimonio de la fe no está sujeto a mimetismo ni a compromiso.» Lo proclamó entonces Pablo VI (23). La tolerancia convivencial no es transigencia de comunión. Tolerar, hoy más que nunca, no es transigir.

Dentro de las democracias pluralistas occidentales, el comunismo italiano es el que cuenta con mayor número de miembros adscritos: 1.507.000, se-

(20) PABLO VI: «Discurso en el aula del Sínodo», pronunciado el 21 de mayo de 1976, dirigido a los obispos italianos, reunidos en la XIII Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, celebrada del 17 al 21 de mayo, en *L'osservatore romano*, Roma, 22 de mayo de 1976, pág. 2; texto español en *Ecclesia*, Madrid, 12 de junio de 1976, pág. 9.

(21) XIII ASAMBLEA GENERAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA: «Comunicado final», en *L'osservatore romano*, Roma, 26 de mayo de 1976, pág. 2.

(22) Cfr. *supra*, nota 13, más comentarios respectivos.

(23) PABLO VI, título del discurso citado en nota 20, *L'osservatore romano*, Roma, 22 de mayo de 1976, pág. 1. Véase también *Ecclesia*, Madrid, 12 de junio de 1976, página 7.

gún la cifra publicada por el Anuario de la *Gran Enciclopedia Soviética*, correspondiente al año 1973. (En las últimas elecciones generales, que se verificaron en Italia del 20 al 21 de junio de 1976, el número de afiliados, según la prensa, ha sido de 1.720.350.) A continuación viene el comunismo francés, con 420.000 miembros activos, según la misma fuente soviética. Alemania Federal con 33.000, Gran Bretaña con 30.000, Suecia con 25.000 y otros países del Occidente europeo con menor número, apenas conocen la sombra del comunismo (24). Pero en Italia es una indisimulable pesadilla. Por esto la Conferencia episcopal y otros representantes de la eclesiología vaticana, comenzando por el Papa mismo, se han ocupado, y continúan ocupándose con inquietud, de su presencia desazonadora en los niveles económicos, culturales y administrativos del país.

Se necesita, sin embargo, aquí más que nunca, que el alarmismo no se confunda con la precisión y que las cifras cedan el puesto a las ideas. Concordia convivencial no se identifica con comunión de principios. Sociología y metafísica tienen su propio y específico campo de acción y de ser, aunque el sujeto histórico de una y otra sea el hombre. Cristianismo y marxismo, en el orden de las categorías esenciales, son incompatibles de suyo, con la incompatibilidad que existe y se advierte como base entre el espiritualismo trascendente y el materialismo inmanentista. Elevado el mundo hacia Dios, en armonía de causas y fines, con la justicia social por módulo de relaciones, es como cristianos y marxistas pueden llegar a entenderse. Táctica y ética, adquieren aquí su exacta dimensión, con ajuste dialéctico a la coherencia fiel de la verdad.

La luz es más noble que las sombras. Lo que se hace cara al sol, dentro de la ley, denota responsabilidad y merece respeto. Un comunismo encauzado por reglamentaciones jurídicas, con estatutos y acción a las claras, visible, es un frente político con el que se puede luchar. Esto es lo que se llama prima de clandestinidad. Por el contrario, un comunista de criptas, invisible, al que la ley no le permite dar la cara, es el peor enemigo estratégicamente. Contra las fuerzas clandestinas no caben estrategias: son invencibles. El fantasma del comunismo sólo es blanco de combate si se mueve a la luz. Batallar contra las sombras es dar palos de ciego.

En el actual momento político español, los dos primeros Gobiernos de la Corona, presididos por Arias Navarro y Suárez González, han cobrado conciencia nacional de proceder a la institucionalización de la libertad y la democracia. Pero no han ocultado sus resistencias a dar luz verde al comunismo.

---

(24) Datos según A. HAURIU, J. GICQUEL y P. GÉLARD: *Droit Constitutionnel et Institutions Politiques*, Ed. Montchrestien, París, 1975, pág. 638.

Tal vez por sentirle infiable. Tal vez por miedo a los demonios de la memoria política. Tal vez por identificar metafísica de principios esenciales y sociología de diálogo comprensivo. Tal vez por no distinguir entre comunión y legalidad.

El deslinde de conceptos y datos se impone aquí, tanto al filósofo como al historiador. Independencia lógica se llama esta pauta. Es lo científico, lo moral y lo seriamente elegible.

El cristianismo no puede introducir en el santuario de sus esencias al comunismo. Sería destruirse en el ser. Pero el cristiano debe conocer convivencialmente el rostro físico y legal del comunista, para luchar en derecho contra sus errores, para dialogar con él sobre su doctrina social y económica, para intentar convertirle a su profesión de fe evangélica, para esforzarse por conducirlo hacia Cristo. Todo ello en público y a la luz del sol, sin la clandestinidad de las sombras. Decir luz es decir ley. Y mientras se acate la ley no hay ruptura del orden, ni afrenta al bien común, ni quebranto de la paz y de la concordia pública. La convivencia concorde no exige otros juramentos. La observancia de la ley es la dialéctica más luminosa de convicción cívica.

Dentro ya de nuestra Monarquía reinstaurada, el mensaje dirigido por el primer Presidente del Gobierno a las Cortes Españolas, reunidas en sesión plenaria el 28 de enero de 1976, no contradice estas ideas. Las confirma más bien. Hace al caso intentar un subrayado de puntualización y síntesis, sobre alguno de los conceptos allí enunciados, con vista a la concordia convivencial entre ideologías y grupos, diversos o antagónicos en sí.

Ante todo, lo primero que se impone es hacer una radiografía del espíritu que da alma al mensaje del Presidente, para captar el arcano diluido bajo las palabras, difícilmente figurable por una fotografía en color y de superficie. Calendario, reformas, procesos, direcciones y andaduras nuevas resaltan en él, articulados al trasluz. Todo el entramado reticular y todo el conjunto de expresiones redundan y se definen así más vivos que si estuviesen deletreados con voces detonantes.

El «programa político del Gobierno», proclamado en el discurso de Arias Navarro, aparece cauteloso y absoluto en la postura oficial de accesos cerrados para el comunismo, pero abre puertas a cuantos se decidan a moverse por los cauces de la legalidad soberana. La fuente de la soberanía mana del pueblo, en el que historia, vida y poder político cobran unidad; brota del «pueblo español, verdadero protagonista de su presente y el último responsable de su futuro». Soberanía del pueblo, por otro nombre, se denomina democracia.

Elaborar las leyes y controlar el poder son funciones conjuntas de la competencia parlamentaria ejercida por los diputados y procuradores. El pue-



blo les disputa representativamente para el deber y derecho de su uso. En el fondo, dentro de España, el legislativo de hoy es un feudo del ejecutivo de ayer, todavía poco desenganchado de su vasallaje. Los vítores de la adhesión cordial, enfática de lealtades dóciles, pesan aún más en sus criterios que los raciocinios de participación disputada, categórica en su fe de convicciones críticas.

El discurso del Presidente, pronunciado ante el auditorio de unas Cortes a extinguir, con olor preponderante a circunstancias de representación designativa y fiel más que electiva y cerebral, explica precauciones y circunloquios programáticos, incluso despegues audaces, amortiguados con las coletillas obligadas de comprensibles «peros», con el fin de que los uniformes oídos de nuestros *patres conscripti*, junto a otros guardianes del carisma intransmisible y concluso fuesen acostumbrándose, sin ruptura de tímpanos, a propósitos y realizaciones de estilo democrático abierto, con tránsito de la sociedad unánime a la sociedad plural. Este es el lenguaje radiográfico, a tono, por supuesto, con determinadas manifestaciones claras y distintas.

Dentro de «una sociedad dinámica fundamentalmente cambiante», es necesario «sintonizar con las aspiraciones del momento». Salvada esta meta, se ha de cuidar simultáneamente «no poner en riesgo los valores fundamentales». Bajo estas premisas, «nuestra actitud, firmemente determinada, es la de consolidar todo lo bueno que tenemos; de no rechazar nada que puede perfeccionarlo o mejorarlo; de abrirse a toda clase de iniciativas y sugerencias; de promover una serie de reformas, en el sentido de un avance controlado y no de un cambio improvisado e irresponsable; de moverse, en definitiva, sin prisa y sin pausa, hacia lo que es el destino indudable de nuestro gran país: una sociedad más homogénea, con menos diferencias en sus grupos sociales, cada vez más próxima a los países más prósperos y educados del mundo occidental, cada vez más rica, libre y tolerante y, en definitiva, más democrática».

La «democracia española», bien apuntalada sobre los concretos sillares de un orden histórico y social, pondrá de este modo «a disposición del país fórmulas de limpia y clara participación». Esta democracia, típica, nuestra, «no copiada», no de plagio, sino «desarrollada por nosotros mismos», será justamente la «democracia para todos los españoles». Estos son «todos cuantos quieran aceptar unas reglas de convivencia», dispuestos a «vivir bajo el imperio de la ley», dentro de un «Estado de Derecho», servido y actuado ejemplarmente bajo las fuerzas vigilantes de una «autoridad reforzada», a efectos de hacer «imposibles todos los factores de disolución». Fuera del derecho no hay privanza ni regalías para nadie.

Quedan así abiertos «los cauces de la participación a todas las tendencias

de la sociedad española, que sintonicen con los principios fundamentales de nuestro orden constitucional». Sólo permanecerán excluidos de la iniciativa política aquellos grupos, partidos o asociaciones que en su mismo hacer o existir «lleven los gérmenes de su autoexclusión». Se adivinan las alusiones. La referencia al comunismo y a otros sistemas totalitarios queda patente aquí. Todos cuantos acepten y acaten la soberanía de la ley pueden fundirse en el compromiso de colaborar con las instituciones representativas. La «democracia española» no presenta otros límites. El Presidente Arias quiso entonces hablar así de adivinable y así de claro, con manifiestas indecisiones de cara a un franco despegue y con miedo inocultable a afrontar palabras y posturas, debido todo ello a la herencia del legado histórico, que pesaba en su voluntad como una losa (25).

Este mismo tenor, algo más desembarazado, pudo observarse tres meses después, el 28 de abril, en la alocución del propio Presidente dirigida por radio y televisión a todos los españoles. Su decisión de reforma fue aquí más terminante, aunque todavía incompleta. Dejando bien en firme el respeto jurídico al marco de la «legitimidad» dinástica, abordó el cambio de la «legalidad» instituida, reconociendo la urgencia de una reforma prudente pero sustante, con la continuidad abierta más democráticamente al futuro y ofreciendo un calendario de actuaciones proyectivas para la realización. Cosas y conceptos, rumbos y metas, están así más precisos, aunque el vislumbre de una democracia «discutida» como forma pero «otorgada» como hecho —al estilo de la «Constitución bonapartista» de Bayona, de 6 de julio de 1808, o del «Estatuto Real» de Aranjuez, de 4 de abril de 1834, una y otro «cartas graciosas» del absolutismo agonizante— parece ser lo que se ventea como factible. Creación de Cortes bicamerales, convocatoria a un referéndum y elecciones por sufragio universal, para la integración así del Congreso como del Senado, son el triple jaez con que se anuncia la vestimenta del nuevo régimen, nacido de la ineludible reforma, impulsada y compuesta desde arriba. Esta cautela gubernamental tiene su explicación. En el quehacer político, sobre todo al estrenarse cambio, hay que caminar dentro de procesos siempre perficientes, pero nunca demoledores. Cuando el pasado se actualiza en el porvenir, sin hacer añicos la Historia, la aventura del estadista precavido merece un aplauso justo (26).

---

(25) C. ARIAS NAVARRO: «Programa político del Gobierno», discurso pronunciado ante el pleno de las Cortes españolas, 28 de enero de 1976; referencia según transcripción de *Ya*, Madrid, 29 de enero de 1976, págs. 11-15, especialmente pág. 12.

(26) *Id.*: «Alocución al país» pronunciada a través de la radio y la televisión, 28 de abril de 1976; referencia según transcripción de *Ya*, Madrid, 29 de abril de 1976, páginas 12-14.

En esta alocución del Presidente, dirigida por conducto televisivo de imagen a todo el país, el proceso de reforma aparece más claro que en el discurso del 28 de enero, pronunciado directamente ante las Cortes. El auditorio popular, menos coartante, le permitió ahora una transparencia, una seguridad y un aplomo más explícitos y entonados, sin necesidad de exégesis al trasluz. Pero es este el instante de poner unas apostillas a los propósitos reformadores de una y otra ocasión, carentes todavía de un universalismo democrático al pleno, sin exclusiones de configuración *ante factum*. En la claridad dialéctica del Presidente hay zonas insoslayables de penumbra, poco compatibles con el pluralismo auténtico y con la democracia real. Sobre una de estas zonas se vislumbra asentado el comunismo. Cuando una agrupación marcha uncida políticamente al yugo pacífico del derecho, aunque se intuyan y se temen sus propósitos y principios de extorsionante contextura, no hay causas objetivas ni motivos jurisprudenciales de respeto, dignidad y decoro para declararla previamente fuera de la ley, en tanto no se verifique un comportamiento connotado de extorsión manifiesta. Sin conducta delictiva no hay delitos ni sanciones. Las fuerzas sociales y los poderes públicos sirven al orden y al bien cívico impidiendo el caos. Son el mejor baluarte de la paz.

Esta es la cuestión. Si el comunismo se decide a «moverse por los cauces de la legalidad soberana», con voluntad comprometida de «vivir bajo el imperio de la ley», no hay razones de forma para negarle lugar y número en nuestro «Estado de Derecho» públicamente reconocido. Parece justo. Y debe ser así. Es verdad que su fundamento dogmático, o materialismo dialéctico, y su estrategia operativa, o revolución violenta, acusan con juicio lógico los «gérmenes de su autoexclusión». Sería ésta una razón de fondo, pero sólo en apariencia y sin rigor científico. Mientras los militantes comunistas no se autoexcluyan de hecho, comprobadamente, en la convivencia democrática, aunque sus juramentos de fidelidad a las reglas del juego común, representado por la legalidad activa, sean poco fiables, no hay testimonio jurídico puro para excluirles de la ley. Cuando actúen contra ella, entonces la acción ilegal entra en la competencia ordinaria de los Tribunales. Como cualquier otra infracción. La sociedad que ha sobrepasado el despegue del subdesarrollo inculto, después de alcanzar un nivel de alfabetización, espíritu, bienestar y riqueza en disfrute satisfactorio, se defiende así: con libertades efectivas para todo el pueblo, con poder de autoridad decisoria fuertemente organizada, con corazón desembarazado de demonios pusilanimizantes, con cordura crítica, con andar precavido, con pulso resuelto y con justicia inflexible.

Por otra parte, vamos a continuar con las acotaciones. Saber político es actuar a tiempo. El reloj del gobernante no puede marchar con retraso. Sus manillas no se paran. Siguen girando siempre. Están prohibidos también los

adelantos. El reloj del gobernante debe marcar siempre la hora justa. Los retrasos impacientan e incitan a la revolución: las reformas y los problemas gubernativos no admiten dilaciones. Los adelantos enloquecen y conducen a camisas de fuerza: las reformas y los problemas gubernativos tampoco admiten precipitaciones. Espuela y freno son la armadura constante del buen político.

Entre la precipitación y la pausa está la prisa. Los hombres públicos deben anticiparse a los acontecimientos. Su marcha no es espera fatigosa, sino correr apresurado y fuerte. El vuelo del águila y la carrera del león ponen ritmo a su paso. Águilas y leones han sido, por esta causa, el emblema más universal de los grandes imperios. Gobernar a pulso tiene este estilo. Prisa imprecipitada es la norma.

En todo programa de gobierno seriamente elaborado hay esencias y modos, o artículos de fe y actitudes de vida. Los artículos de fe son pocos e inconvencionales. Señalan una directriz reguladora, a la que hay que servir fielmente, con insobornable lealtad. Se definen como sujeto y funcionan como categoría. Son indesvestibles, soplen como soplen los vientos, interiores y exteriores. Las actitudes de vida son muchas y cambiantes. Señalan una situación circunstancial, a la que hay que acomodarse en cada momento, con oportunidad tempestiva. Se definen como ropaje y funcionan como coyuntura. Son desvestibles, según soplen los vientos, interiores y exteriores. El talento, la exquisitez, el tacto y la agudeza del buen político se hacen patentes, no tanto en la fidelidad ciega e inmutable a los artículos de fe como en la adaptación lúcida y móvil a las actitudes de vida. Saber cambiar de rumbo a tiempo, antes de que llegue la tempestad, son las credenciales de un sagaz marino. Este silabario tan simple está escrito en el timón de un sagaz Gobierno.

Es fácil ver que España navegaba aún despacio y con débil cambio de rumbo en las singladuras de su reforma constitucional. «Sin prisa y sin pausa», fue el lema que actuó de estribillo el 28 de enero de 1976, en el discurso programático del entonces Presidente del Gobierno. Desde ese día han pasado muchas cosas. Lo que en aquella fecha pudo parecer circunspección hoy es incircunspecto. Caminar sin prisa, en la hora presente, es andar tarde. Aquel estribillo debe ser sustituido ahora por este otro: «Sin precipitaciones, pero de prisa y sin pausa». Esto es lo político.

Es posible que para dar muerte a la espera desilusionante, y evitar la crisis indeseada, hubiera debido el Gobierno tomar una iniciativa resolutoria: arremeter en firme contra los «condicionamientos por propósitos perturbadores, que tradicionalmente fueron conocidos con el expresivo nombre de "camarillas"», según palabras del Rey en su «Mensaje al Consejo del Reino», pronunciadas

el 2 de marzo último. El poder arbitral de moderación, en boca de la Majestad Regia, suena alguna vez persuasoriamente a oráculo de cauteloso aviso (27).

Pero la crisis se produjo, al fin, el 1 de julio de 1976. A Carlos Arias Navarro sucedió en la Presidencia Adolfo Suárez González. El nuevo Gobierno, formado por figuras de poco relumbré político, pero dotadas de juventud integradora, sin lastres heredados de la guerra civil, por no haberla conocido en su generalidad, empezó a tener crédito merecidamente, ganado a pulso de su propio talante comprometido. El Gobierno naciente, considerado de transición, mientras dura la empresa democratizadora del país, y constituido por personas capaces, es uno de los mejor dotados en hombres, dones y deseos. Necesita, tan sólo, quitar de los tobillos los grilletes que le impiden correr, de acuerdo con su mentalidad y su visión renovadora. Y gobernar con la valía, con la personalidad y con la decisión que dentro y fuera comenzó pronto a reconocérsele. Abandonar este rumbo prometedor sería, sin dudarlo, su tumba.

Ya en su primer mensaje televisado, el 6 de julio de 1976, al día siguiente de la jura presidencial, Adolfo Suárez empeñó su palabra de «acelerar la reforma con el realismo que nuestro tiempo exige» (28). Se intensifican, de ahora en adelante, los contactos entre Gobierno y oposición, para que la concordia nacional sea un hecho tangible y no palabrería que lleva el viento. La España de todos se iza como fin y motor. La persona del Rey se presiente actuando en penumbra, con espíritu y clarividencia alentadores. En el primer Consejo de Ministros del nuevo Gobierno, presidido por Su Majestad, el 9 de julio de 1976, la consigna dada por Don Juan Carlos al Gobierno es terminante: «hacer posible la participación clara, y en paz, de todos los ciudadanos en la determinación de nuestro futuro» (29).

Ocho días más tarde, el 17 de julio de 1976, de madrugada, tras un prolongado Consejo de Ministros, formula el Gobierno una «declaración programática» de criterios y principios. En ella, «expresa claramente su convicción de que la soberanía reside en el pueblo y proclama su propósito de trabajar colegiadamente en la instauración de un sistema político democrático, basado en la garantía de los derechos y libertades cívicas, en la igualdad de oportunidades políticas para todos los grupos democráticos y en la aceptación del pluralismo real». Nadie va a quedar excluido de la convivencia pública en el ámbito de la ley. A tal fin, «el Gobierno interpreta que su gran servicio a la nación en esta hora histórica es crear un juego político abierto a todos los españoles en un orden de libertad». Como hito clave de reforma constitucional rea-

---

(27) Texto del «Mensaje» según transcripción de ABC, Madrid, 3 de marzo de 1976, págs. 1 y 80, especialmente esta última para la citada frase regia.

(28) Texto en *Ya*, Madrid, 7 de julio de 1976, pág. 5.

(29) Texto en ABC, Madrid, 10 de julio de 1976, pág. 1.

lista, se compromete a «celebrar elecciones generales antes del 30 de junio de 1977». La meta inminente del programa «implica lograr una auténtica reconciliación nacional y superar diferencias y contradicciones, alcanzando unos niveles de convivencia suficientemente positivos». Para conseguir este movimiento reconciliatorio, el Gobierno es consciente de que la vía más idónea consiste en «elevar a Su Majestad el Rey la recomendación de que, en ejercicio del derecho de gracia, otorgue una amnistía aplicable a delitos y faltas de motivación política o de opinión, tipificados en el Código penal». La amnistía así postulada tiene un límite: «que, en ningún caso, se extiende a quienes hayan lesionado o puesto en riesgo la vida o integridad física de las personas.» El punto constructivo de mira que con tal programa se pretende es «aunar voluntades y lograr una armonía y colaboración de todos los españoles al servicio de la comunidad nacional» (30).

Este noble bagaje de esperanzas no ha sufrido demora en su realización. El 25 de julio de 1976, con motivo del año jubilar compostelano, Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I hizo la ofrenda de la nación tradicionalmente dirigida al patrón de España. En el protocolo de su plegaria católica, elevada en familia al señor Santiago, quedó patente y firme el propósito de que reinen entre nosotros «la paz, la reconciliación, la convivencia generosa en la libertad y el orden, la tolerancia en el respeto mutuo y en la fortaleza de un Estado seguro y eficaz» (31).

Finalmente, Rey y Gobierno han aunado sus voluntades otorgando con magnanimidad y dando forma en derecho institucionalizado a la amnistía reconciliatoria, decretada en Consejo de Ministros el 30 de julio de 1976, mediante los términos de intencionalidad penológica antes reseñada y con las excepciones consiguientes para los delitos de sangre o de lesión a la integridad física de las personas. La amplitud no ha podido ser más amplia, atendiendo a la defensa de la sociedad, que impone dejar a salvo los valores fundamentales de la convivencia pública. Desde ahora el ceño de división existencial entre los españoles ha perdido argumentos para persistir. El triunfo amoroso del perdón ha sido más fuerte. La voluntad de diálogo fraterno, sin rencores arcaicos, está en marcha. Cuando el soplo del espíritu aletea sobre los hombres trae este susurro conciliador. Tal como se expresa el preámbulo mismo del Decreto-ley sobre la amnistía, otorgada en este histórico instante, «la Corona simboliza la voluntad de vivir juntos todos los pueblos e individuos que integran la

---

(30) Texto en *Ya*, Madrid, 18 de julio de 1976, pág. 14.

(31) Texto en *ABC*, Madrid, 27 de julio de 1976, pág. 6.

indisoluble comunidad nacional española. Por ello, es una de sus principales misiones promover la reconciliación de todos los miembros de la Nación» (32).

No es fácil que se evaporen con este gesto los residuos de la guerra civil. Pero es un paso firme hacia su logro. El que no perdona no ama. Los odios fraticidas son la carcoma voraz de los más poderosos Estados.

«Sin precipitaciones, pero de prisa y sin pausa», como hemos dicho, parece ser hoy la consigna del joven Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez González. La reforma política, a realizar cuanto antes en el país, es su comprometido empeño, con actuaciones mayoritariamente impuestas desde abajo, no desde la cúspide unipersonal del Poder. El pluralismo de opinión y la apertura democrática se presienten totales. En su mensaje televisado dirigido a la nación, el 10 de septiembre de 1976, a las pocas horas de ser aprobado en Consejo de Ministros el «Proyecto de ley de Reforma política», oímos decir al Presidente que «la democracia debe ser obra de todos los ciudadanos y nunca obsequio, concesión o imposición, cualquiera que sea el origen de ésta». Al día siguiente el ministro de Información daba a conocer el texto de la reforma emprendida, y el 12 era publicado por la prensa nacional. En el párrafo primero de su primer artículo quedan asentados los pilares simples pero sólidos del nuevo estilo a seguir: «La democracia, en la organización política del Estado español, se basa en la supremacía de la ley, expresión de la voluntad soberana del pueblo». Es éste un estilo exento de discriminaciones y sin ilegalidades declaradas *ante factum*. La única ilegalidad admisible es la que resulta *post factum* por actuaciones contra ley. Sólo los Tribunales comunes de justicia son los que entonces tomarán la resolución decisoria que proceda. Es lo jurídico y lo civilizado.

Este nuevo orden, según palabras también del propio Suárez González, di-

---

(32) Real Decreto-ley 10/1976, de 30 de julio, «sobre amnistía», *Boletín Oficial del Estado*, 4 de agosto de 1976, núm. 186, pág. 15097. El texto del Decreto abarca un preámbulo, diez artículos y dos disposiciones adicionales. Comprende las páginas 15097 y sig. La principal disposición se encuentra en el párrafo uno del artículo primero. Se expresa así: «Se concede amnistía por todos los delitos y faltas de intencionalidad política y de opinión, comprendidos en el Código penal o en leyes penales especiales no mencionados en el apartado siguiente, en tanto no hayan puesto en peligro o lesionado la vida o la integridad de las personas o el patrimonio económico de la Nación a través del contrabando monetario, ya se hayan cometido dentro o fuera de España, siempre que la competencia para su conocimiento corresponda a los Tribunales españoles». En el apartado siguiente se hace referencia a los delitos tipificados en el vigente Código de Justicia Militar y en los derogados de Justicia Militar y Penal de la Marina de Guerra, añadiéndose: «Respecto de los delitos incluidos en leyes especiales complementarias de tales Códigos, se estará a lo dispuesto en el apartado anterior» (pág. 15097). Referencia de prensa en *Ya*, Madrid, 31 de julio de 1976, página 5.

rigidas al Consejo Nacional del Movimiento, el 8 de octubre de 1976, fecha en que este alto órgano consultivo aprobó el «Informe» sobre la reforma política, debe ser modelado sobre «planteamientos de legalidad, autoridad y respeto a las libertades cívicas», con conciencia de que «la inmensa mayoría de los españoles piden moderación y no extremismos, orden y no anarquía, libertad y justicia y no violencia» (33).

Esto y no otra cosa es un Estado de Derecho: la forma política que urge establecer hoy en nuestro solar. Lo exige con apremio la convivencia concorde, dentro de la paz pública.

No tanto por esas y otras palabras, pocas siempre, como por sus obras, mucho más ricas, Adolfo Suárez González parece ir ganando a pulso y añadiendo cada día unas pulgadas de aplomado crédito político a su estatura presidencial. Si logra que todos los españoles, sin exclusión ni de ideologías ni de grupos, convivamos legalmente en una España de ceño interior menos inflexible, de voluntad más comprensiva y de corazón menos rencoroso, será sin duda el gran hombre de gobierno que nuestra libertad, nuestra democracia y nuestro futuro entrañable están necesitando y pidiendo a gritos.

En la carrera emprendida hoy resueltamente por España hacia la reforma, con la libertad, la democracia y la reconciliación por meta e impulso, el camino a recorrer no puede ser más claro y terminante: o no reformar nada, o, si se decide de veras el Poder a emprender el proceso de reforma, estar a lo que se dice y reformar a fondo y de prisa. El peor enemigo del cambio hacia el nuevo orden, una vez prometida su puesta a punto, es la superficie y el sesteo. Gobernar a la hora, en profundidad, y dormir la siesta suelen ser empeños poco compatibles.

En las democracias más representativas del mundo occidental el comunismo está moviéndose a la luz de la ley, «intra muros» y bajo el ordeno y mando de las instituciones jurídicas nacionales. España, hoy por hoy y transitoriamente al menos, parece ser el único país que prefiere su exclusión desde el Poder amedrentado y recluirla en la clandestinidad de las criptas. Pero el derecho y el convivir constitucional dotados de sólida fortaleza democrática no temen el triunfo del comunismo en una confrontación electoral bien mantenida. La constitución y su coraza protectora de fuerzas públicas adecuadamente equipadas gozan en sí del suficiente pulso persuasorio, así cívico como ético, para

---

(33) Cfr. A. SUÁREZ GONZÁLEZ: *La Reforma Política*, «Mensaje» dirigido al pueblo español el 10 de septiembre de 1976, y «Texto del Proyecto de Reforma Política», aprobado por el Consejo de Ministros el mismo día 10 de septiembre de 1976, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1976, págs. 7-22: ID.: «Discurso» pronunciado en el Pleno del Consejo Nacional del Movimiento el 8 de octubre de 1976, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1976, págs. 5 y sigs.



obligarle al coloquio y a la coexistencia con los restantes partidos, dentro del orden vigente y sin romper el disfrute estable de la convivencia apacible. La política cristiana y la concordia estatal comienzan a destruirse cuando aparece la disensión.

España es parte de Europa. Está integrada en el entramado de su genio y figura. El genio y figura españoles, a pesar de sus rasgos personalísimos, no van a ser tan diferentes como algunos amores demasiado celtibéricos quisieran. Todo el Occidente democrático, fiel a la libertad de opinión y leal a las normas del torneo pluralista, ha concedido carta de legalidad abierta al comunismo, manteniendo guarda alertadora frente a la infiability de su imagen, con un orden jurídico e institucional sin fáciles coladeros y con una fuerza pública suficientemente equipada y mejor adiestrada. Precaución y cotejo constructivo de pareceres en desacuerdo son compatibles.

El genio y la figura de nuestro ser, real y no ficticio, serán los que orienten hoy en España el rumbo de su aventura política, mediante la convocatoria de todos los ciudadanos a la empresa de la comunión nacional, con aperturismo creíble, sin régimen de feudos ni cacicazgos, muy lejos de cualquier prebenda o situación privilegiadas. La memoria inmovilista de un pasado funesto, mercenario de la oligarquía, del analfabetismo, del desorden y de la miseria menos honrosos, durante la II República, entre cuarenta y cuarenta y cinco años atrás, debe ser relegada al museo de antigüedades irrepetibles. El comunismo sin criptas, encarrilado por la vía institucional del derecho común, con sumisión comprometida a las reglas generales del juego instituido y a las penas que sancionen sus deslealtades punibles, mediante sentencia de ilegalidad incluso, dentro de una sociedad económicamente desarrollada, culturalmente próspera y políticamente madura, articulada sobre el pluralismo democrático, se entiende así.

GABRIEL DEL ESTAL, O. S. A.

## R É S U M É

*Depuis quelques années on peut observer un rétrécissement coexistentiel des horizons entre marxisme et christianisme. C'est une approche de la coexistence humaine en même temps qu'une opposition dialectique. Il s'agit cependant de ne pas tomber dans l'ingénuité. Il convient de savoir distinguer. La politique humaine est le pouvoir ou le chemin qui mène à lui, dans un souci égotiste d'autorité. La politique chrétienne est amour ou chemin vers son obtention, par un don de charité. La politique chrétienne est ouverte. Les*

multiplés et différentes idéologies ne constituent pas un obstacle. Le dialogue est ici, spontanément, son atmosphère.

Aun sein des idéologies nous trouvons des contenus divers: de vérité et de bien, d'erreur et de mal. Les hommes qui les professent sont authentiques ou mensongers, bons ou mauvais. Chaque homme est un composé de chair et d'os, qui peut trébucher et tomber. Quand il tombe, il faut le relever avec tendresse, quelle que soit la couleur de son idéologie.

Tolérer n'est pas transiger. On peut tolérer les hommes qui tombent dans la délinquance. On ne peut pas transiger avec le délit. Depuis Saint Augustin, les premières figures du monde chrétien s'alignent dans cette perspective. Jean XXIII et Paul VI sont les derniers à s'être exprimés ainsi. La tolérance s'adresse au prochain, au sujet, à l'auteur, la transigeance aux idéologies, à l'objet, à l'acte. On transige quand la vérité fait un pacte avec l'erreur, ou le bien avec le mal, éclectiquement, selon l'ordre métaphysique. C'est là la «fides» dogmatique. On tolère quand l'ami dialogue avec l'ennemi, ou celui qui est sûr de lui avec celui qui doute, dans la vie en commun, et selon l'ordre sociologique. C'est là le «foedus» négociable. Transiger, c'est tuer les principes. Tolérer, c'est donner vie à l'amour. La fraternité compréhensive et le christianisme possèdent une même essence universelle d'union.

L'homme occidental est à la fois idéologue et acteur, pensée et aventure. Théorie et pratique se synthétisent en lui. Les frontières de son esprit et de sa volonté sont l'univers sans limites. L'Occident naît en tant que vérité, en Grèce, que justice à Rome, en tant qu'amour dans l'Evangile. Il acquiert une catégorie impériale avec Charlemagne et Othon I d'Allemagne. Il constitue un univers politico-religieux jusqu'aux XVème et XVIème siècles. L'univers compact de l'Occident se rompt avec l'apparition des nationalités et de la scission luthérienne. L'Etat moderne et le protestantisme consacrent la scission en établissant un univers plural. Ses formules sont «jus foederis» pour l'Etat, et «cujus regio, ejus religio» pour l'ecclésiastique. S'institutionnalise ce nouvel ordre dans la Paix de Westphalie en 1648. L'Europe est donc née de la pluralisation de l'univers.

Depuis la révolution française l'homme est plus indépendant, mais avec une prédominance des idéologies sur les institutions, ou de l'esthétique sur la pragmatique. A partir de 1948, après la deuxième guerre mondiale, l'Occident prend conscience qu'il doit s'unifier pour subsister, en effectuant un retour à l'univers et en passant des idéologies aux institutions. Il ne s'agit ici que de l'Occident européen. Le danger de son anéantissement intérieur, accéléré par la pression exercée sur l'Europe par l'Amérique du Nord et l'URSS, a servi de stimulant vers la récupération de l'unité. Tenaillée par ces

deux superpuissances, l'Europe ne peut être véritablement libre et forte qu'en s'unissant, récupérant ainsi son droit de cité.

Trois faits institutionnels ont marqué le profil de la nouvelle Europe. Le premier est politique, représenté par l'«Union Européenne Occidentale» créée à Bruxelles le 17 mars 1948. Le second est économique, représenté par la «Communauté Economique Européenne» ou le «Marché Commun», dont le traité fut signé à Rome le 25 mars 1957. Le troisième est religieux, représenté par le «Concile Oecuménique du Vatican II» initié le 11 octobre 1962 et clausuré le 8 décembre 1965.

Liberté et démocratie, émancipation des consciences et marchés ouverts, condamnation de l'erreur et main tendue vers celui qui erre, compréhension coexistentielle des différents ordres institutionnels et idéologies: telle est la nouvelle image de l'Europe et de l'Occident. Ses essences les plus pures sont chrétiennes. Ce qui explique son attitude envers le marxisme. C'est une orientation qui surgit de la racine. Le marxisme idéologique transige avec le mensonge. C'est un principe de sa dialectique. Mais le pragmatisme coexistentiel l'oblige à se fondre avec les autres forces politiques en un concert minimum de fidélités. L'Evangile, au contraire, ne pactise qu'avec la vérité. «Oui, oui, non, non» est sa formule.

La démocratie évangélique est la seule dont les majorités triomphantes concèdent une participation dans l'entreprise du pouvoir politique de décision aux minorités opprimées. Le monde démocratique occidental suit cette norme. Le monde totalitaire marxiste non. Christianisme, démocratie et Occident forment un moule où le marxisme n'a pas de place.

Suivant l'ordre éthique, ne peut être admise aucune transaction ni avec le bien ni avec le mal. Mais dans l'ordre tactique il est conseillé de vivre avec les mauvais et les fourbes pour les convertir au bien, ou pour ne pas transformer en un enfer l'existence et les relations réciproques. Le chrétien doit être cohérent, sans contradiction réelle entre la foi religieuse et la praxis politique. Ainsi le proclame Paul VI. Aucun chrétien ne peut communier avec les principes essentiels du marxisme. Ce serait transiger. Mais le dialogue de coexistence avec les marxistes s'impose aux chrétiens par la communauté de la nature humaine. Ceci est tolérer.

Marxisme et christianisme sont deux domaines catégoriques et opposés. Le marxisme, par sa stratégie révolutionnaire, s'oriente vers la matière. Le christianisme, et ses bienheureux pacifistes, est orienté vers l'esprit. Sa différenciation est un problème de racines essentielles. Entre le matérialisme athée et le spiritualisme théiste il reste peu de marge dialectique pour la conciliation. Les dogmes de foi ne sont pas pactables. Se négocient les intérêts, activités et effets. Une grande prudence doit régir les rapprochements entre marxisme

et christianisme. Ne pas s'excéder en confiances optimistes, être prudent dans le dialogue, avoir une mémoire flexible, ce sont là les règles de la sagesse.

Le christianisme ne peut introduire le marxisme dans le sanctuaire de ses essences. Ce serait se détruire dans son être. Mais le chrétien doit connaître coexistenciellement l'aspect physique et légal du communiste, pour lutter contre ses erreurs, pour dialoguer avec lui sur sa doctrine sociale et économique, pour essayer de le convertir à sa profession de foi évangélique, pour s'efforcer de le conduire vers le Christ. Tout ceci en public, à la lumière du jour et sans la clandestinité de l'ombre. Dire lumière c'est dire loi. Et tant que l'on respecte la loi, il n'y a pas de rupture de l'ordre, ni d'outrage au bien commun, ni rupture de la paix et de l'union civile.

L'Occident aujourd'hui est un univers pluraliste. L'univers pluraliste est l'option libre. L'option libre est la démocratie. La démocratie est la légalité ouverte. La légalité ouverte est la participation constitutionnellement consacrée. La participation constitutionnellement consacrée constitue les partis sans exclusion. Les partis sans exclusion sont le colloque à la lumière du droit. Le colloque à la lumière du droit, c'est le communisme sans cryptes.

Dans l'actuel moment politique espagnol, les deux premiers gouvernements de la Couronne, présidés par Arias Navarro et Suárez González, ont initié, selon la conscience nationale, le processus d'institutionnalisation de la liberté et de la démocratie. Mais ils n'ont pas caché leurs résistances à laisser libre cours au communisme. Peut être par méfiance. Peut être par peur des démons de la mémoire politique. Peut être pour ne pas identifier la métaphysique de principes essentiels et la sociologie de dialogue compréhensif. Peut être parce qu'il ne distingue pas entre communion et légalité. Ici s'impose la délimitation de concepts et de données, aussi bien pour le philosophe que pour l'historien. Cette norme s'appelle indépendance logique. C'est le scientifique, le moral, l'éligible.

Il est bien différent de s'affilier ou d'accorder son vote au marxisme, position de communion contraire à l'Evangile, interdite en tant que telle au chrétien, que d'avoir un dialogue d'amour et de légalité avec les marxistes, attitude cohérente avec le message évangélique et la politique chrétienne. L'humanisme théologique vivant, l'accent démocratique et l'esprit libre, occidental, sans cryptes ni exclusions, de la foi, possèdent cet accent cordial.

## S U M M A R Y

Since some years ago, one observes a tightening of coexistence of horizons between Marxism and Christianity. It is an approximation of humans living together and dialectic struggle at the same time. It is important nevertheless, not to be naïve. One must distinguish. Human politics are power, of a way to conquer it, a selfish eagerness to command. Christian politics are love, or a way to enjoy, in expansive gratification of charity. Christian politics are open. The aspect of the multiple and unlike ideologies does not offer obstacles. Spontaneous dialogue is in its element here.

At the heart of the diverse ideologies there are diverse contents: of truth and good, of error and bad. The men that profess them are truthful or deceitful, good or bad. Each man is a human being, and can trip and fall. When he falls, one must help him up with affection, no matter what his ideologies.

Tolerating is not giving in. One tolerates men that are guilty. There can be no giving in to crime. Since St. Agustin, the foremost leaders of the Christian world are aligned in this horizon. John XXIII and Paul VI are the latest to have expressed themselves thus. Tolerance looks to the neighbour, to the subject, to the actor. Giving in points out the ideologies, the object, the act. One gives in when truth reaches an agreement with error, or good with bad, eclectically, in the metaphysical order. This is the dogmatic "fides". One tolerates when a friend talks with an enemy, or one sure of himself with the misguided, in the sociological order. This is the negotiable "foedus". To give in is to destroy principles. Tolerating is giving life to love. Comprehensive fraternity and Christianity have the same universal essence by common consent.

Western man is an ideologist, actor, mind and adventure, at the same time. Theory and practice are synthesized in him. The borders of his mind and his will are the universe without limits. The Western World is born as a truth in Greece, as justice in Rome, as love in the Evangelist. It acquires imperial category with Charlemagne and Otto I of Germany. It is universal religious policy until the XV and XVI Centuries. The universal compact of the West is broken with the appearance of nations and with the Lutheran split. The modern State and Protestantism consecrate the split as plurality. Their formulas are "jus foederis", in the State, and "cujus regio, ejus religio", in the eclesial. This new order is institutionalized in the Treaty of Wesfalia, 1648. Upon converting the universal in plurality, Europe is born.

Since the french Revolution man is more independent, but with a predominance of ideologies over institutions, or of the esthetic over the prag-

matic. Starting from 1948, after World War II, the West becomes aware that if it wants to last it must unite, returning from plurality to universal, and from ideologies to institutions. Only Western Europe counts here. The danger of interior annihilation, accelerated by the asphyxia from U. S. A. and U. S. S. R. over Europe, is a stimulus towards the recuperation of unity. Pressured by these two superpowers, only by uniting can Europe truly be free and strong, once again with strength and voice.

Three institutional landmarks documentally stamp the profile of the new Europe. The first is political. It is represented by the "Union Europea Occidental", created in Brussels on March 17, 1948. The second is economical. It is represented by the "Comunidad Económica Europea" or "Mercado Común", whose institutional treaty was signed in Rome on March 25, 1957. The third is religious. It is represented by the "Concilio Ecueménico Vaticano II", beginning on October 11, 1962 and closing on December 8, 1965.

Liberty and democracy, emancipation of consciousness, and open markets, condemn the error and are hand of the one that errs, comprehension of oposite ideologies and distinct institutional orders; such is the new image of Europe and the West. Their most pure essences are Christian. This explains their attitude towards Marxism. It is an orientation that buds from the roots. The Marxist ideology reaches agreements with lies. This is a principle of its dialogue. But the pragmatic coexistence compromises him to unite with other political powers in a minimum concert of fidelities. The Gospel, on the other hand, only reaches agreements with the truth. Its formula is "Yes, yes, no, no".

In the ethical order, compromise is not admissible with the bad nor with lies. But in the tactical order, it is advisable to get along with the bad and the deceitful, in order to convert them to good, or in order to avoid transforming into a hell existence and mutual encounters. The Christian must be coherent, without real contradictions between religious faith and political practice. Paul VI proclaimed this. No Christian can take communion with the essential principles of Marxism. This is compromising. But talking to the Marxists is imposed for Christians by common human nature. This is tolerating.

Marxism and Christianity are two fields categorically oposite. Marxism, with its revolutionary strategy, is oriented towards the material. Christianity, with its pacifist well-being, is oriented towards the spirit. Their differences are of roots. Between the atheist materialism and theistic spiritualism there is little dialectic margin for conciliation. The dogmas of faith cannot be convenanted. Interests, activities, and assets can be negotiated. Great prudence must govern the approximation, not dogmatic, but of living together,

between Marxism and Christianity. Not to go too far in optimistic confidences, to be cautious in talking and to have a mobile memory is wise practice.

Christianity cannot introduce Communism to the sanctuary of its being. This would be to destroy itself. But the Christian must recognize the physical and legal face of the Communist, in order to fight against his errors, to talk with him about his social and economic doctrine, in order to try to convert him to his declaration of evangelical faith, in order to try hard to lead him to Christ. All of this is to be done in the open, not secretly. To say light is to say law. And while one respects the law there is no breaking of order, nor public outrage, nor is peace or civic harmony broken.

The West, today, is a pluralist universe. A pluralist universe is free option. Free option is democracy. Democracy is open legality. Open legality is constitutional participation consecrated. Constitutional participation consecrated is political parties without exclusions. Political parties without exclusions are colloquy in the light of the law. Colloquy in the light of the law is Communism without crypts.

In the present spanish political moment, the first two governments of the Crown, presided by Arias Navarro and Suárez González, have recovered national conscience by taking action on institutionalizing liberty and democracy. But they have not hid their resistance to giving the green light to Communism. Perhaps because they feel they are not truthful. Perhaps because of fear of demons from political memory. Perhaps because of metaphysically identifying essential principles and comprehensive dialogue sociologically. Perhaps because of not distinguishing between communion and legality. The demarcation of concepts and facts is imperative here, as mucho for the philosopher as for the historian. These guidelines, are called logical independence. It is the scientific, the moral and the seriously eligible.

It is one thing to join or vote for Communism, a position contrary to the Gospel, and prohibited as such to a Christian, and something quite diverse to live together in a dialogue of love and legality with the marxists, an attitude coherent with the Gospel message and with Christian policy. From faith, a live theological humanism, the democratic accent, and the free spirit, Occidental, without crypts nor exclusions, get its pleasant hue.

